

Y podría haber sido aún más difícil

Y podría haber sido aún más difícil.

La disciplina recta

del cuarto de las ratas siempre a punto

con razonables dientes. O la raya

de luz bajo la puerta a medianoche

con llanto en el pasillo.

O la sangre más cruda

de un padre acribillado en la cuneta

de una guerra perdida para todo.

O el hambre ya sin dioses

y sin sendas, como otro surco abierto

a la nueva semilla que se pudre

lentamente sin germen

en mitad de la ciénaga.

Sin embargo, todo fue más sencillo

y más indescifrable.

Las calles a finales de un septiembre

recién oscurecido y ya sin gente.
Y el doblar de campanas escindiendo
las huellas y filtrando
en todas las paredes humedades
que el tiempo afianzaba.
Y los olores viejos. Y el silencio
que abría cicatrices y cerraba
bajo una llave muerta la despensa.
Y volando por el cielo
la picaraza izquierda inexorable.

Poema perteneciente al poemario de Conrado Santamaría “La noche ardida” (Ruleta Rusa, 2017).

Y es un instante todo

Y es un instante todo.

Humo

que en la distancia surge

y se deshace

como ofrenda a la nada.

Y en este altar,

que parecía eterno,

de golpe ya no queda

ni víctima, verdugo, ni testigo,

tan sólo una ceniza

sobre la ausencia de las cosas

y de los nombres muertos.

Liturgia del vacío.

Un humo en la distancia,

que en este instante es todavía y nunca.

*Poema perteneciente al libro [La noche ardida](#) (2017, Ruleta
Rusa Ediciones)*

es, un, instante, todo, poema, poeta, riojano, Conrado Santamaría

De “La noche ardida”

Se me caen de las manos las palabras,
el sentido, la vida,
esta tarde de marzo en que las cosas
se muestran como ajenas,
sin aroma ni flor,
sin poros y sin fondo
ni caridad ni amparo. Yo camino
descabalado y zurdo
junto a un río que solamente es río,
bajo un cielo que no me corresponde,
entre piedras y álamos
que apenas si son álamos y piedras.

Los signos ¿dónde han ido?

El aire se enrarece y lentamente
se me enturbian los gestos en las aguas
de un mundo enmudecido.

Ya de regreso en casa me detengo
junto a la puerta.

Escucho.

Un vacío sin ecos me conforma.

la noche ardida, Conrado Satamaría, poeta, poesía, lirismo,
lanzamiento, Ruleta Rusa Ediciones,

Rendijas las palabras



Este poema pertenece al libro "[De vivos es nuestro juego](#)".

Se nos dice va y viene
el viento desde siempre ay enredando
las nubes los mercados
de su peso que caen
como manzanas
y se alzan se nos dice
los córneos armadillos consejeros
de natural necrófagos y el ciclo
de la lucha se nos dice por la vida
los muertos tan motores de la historia
entre ruinas de un muro de un cortijo
confuso se nos dice la paciencia
y no hay otra baraja

ni más vueltas
se nos dice no hay tutía
y nosotros decimos
el viento desde dentro desde siempre
ay enredando nubes
manzanas y armadillos
muñecos y ventrílocuos decimos
el mismo mandamiento y a la espera
del milagro decimos del esclavo
en el solar en venta insostenible
con miedo en la garganta
y obedientes decimos consumada
la condición humana
tal y como
si no hubiera hendiduras
si no hubiera rendijas las palabras
los hallazgos
si no hubiera un adentro más adentro
con una voz distinta más genuina.

El caracol y la estrella de la mazorca



Poema infantil

Al caracol zapatista

iAy, qué alta
la estrella de la mazorca
con su zarcillo y su ajorca!

Trepa y trepa por la caña
el caracol con su concha,
itemblores de la mañana!

La mariposa, revuelo
de risas y de colores,

le abanica los sudores
y lo remonta en su vuelo:

“¡Eh, caracol,
aleluya,
que ya es tuya
la estrella de la esperanza!”

El prodigio del pan



Y sin que ya esperáramos colores
después de tanto oscuro u otro gusto
distinto a la ceniza,
después de tanta hambruna a las espaldas,
¿quién nos iba a decir que esta mañana,

con palabras corrientes,
con los gestos más simples,
con los mismos pigmentos que antes despreciáramos,
íbamos a alcanzar lo que ahora toco?
¿Os acordáis? Un día
sacamos el mortero
y majamos al fin nuestra ceguera
hasta mudarla en harina de luz,
y la amasamos,
y de nuevo encendimos el horno de la plaza
para cocer alegres este asombro
de pan que ahora
compartimos,
compañeros sin más, al mediodía.

**Recomendamos el poemario de Conrado
Santamaría: [“De vivos es nuestro juego”](#)**

[Preguntas de una mujer que](#)

Lee



Para Bertolt Brecht

¿Quién amasó el pan de los que edificaron Tebas, la de las
siete puertas?

En los libros no se menciona el nombre de ninguna.
¿Acaso reyes y canteros madrugaron por leña para encender el
fuego?

Y en Babilonia, destruida tantas veces,
¿quién acarrió el agua para los que la levantaron otras
tantas?

Y en Lima, resplandeciente de oro, ¿quién limpió las chabolas
donde vivían los albañiles?

¿Quién les hizo la cena a los obreros la noche que terminaron
la Muralla china?

La gran Roma está llena de arcos de triunfo.

¿Quién curó las heridas de quienes los erigieron?

¿Quiénes amortajaron a los vencidos por los soldados de los
césares?

Bizancio, tan enaltecida,

¿acaso no tenía lavaderos para hacer la colada?

Incluso en la legendaria Atlántida, la noche que fue devorada
por el mar,

hasta los esclavos que se ahogaban clamaban llamando a sus
mujeres.

El joven Alejandro conquistó la India.

¿Quién amamantó y crio a sus soldados?

César venció a los galos.

¿No llevaba tras sus legiones siquiera unas prostitutas?

Felipe de España lloró cuando se hundió su flota.

¿Nadie más lloró la muerte de los marineros?

Federico II venció en la Guerra de los Siete Años.

¿Por qué siempre la guerra para resolver conflictos?

Cada página una victoria.

¿Quién fregó la vajilla del banquete del triunfo?

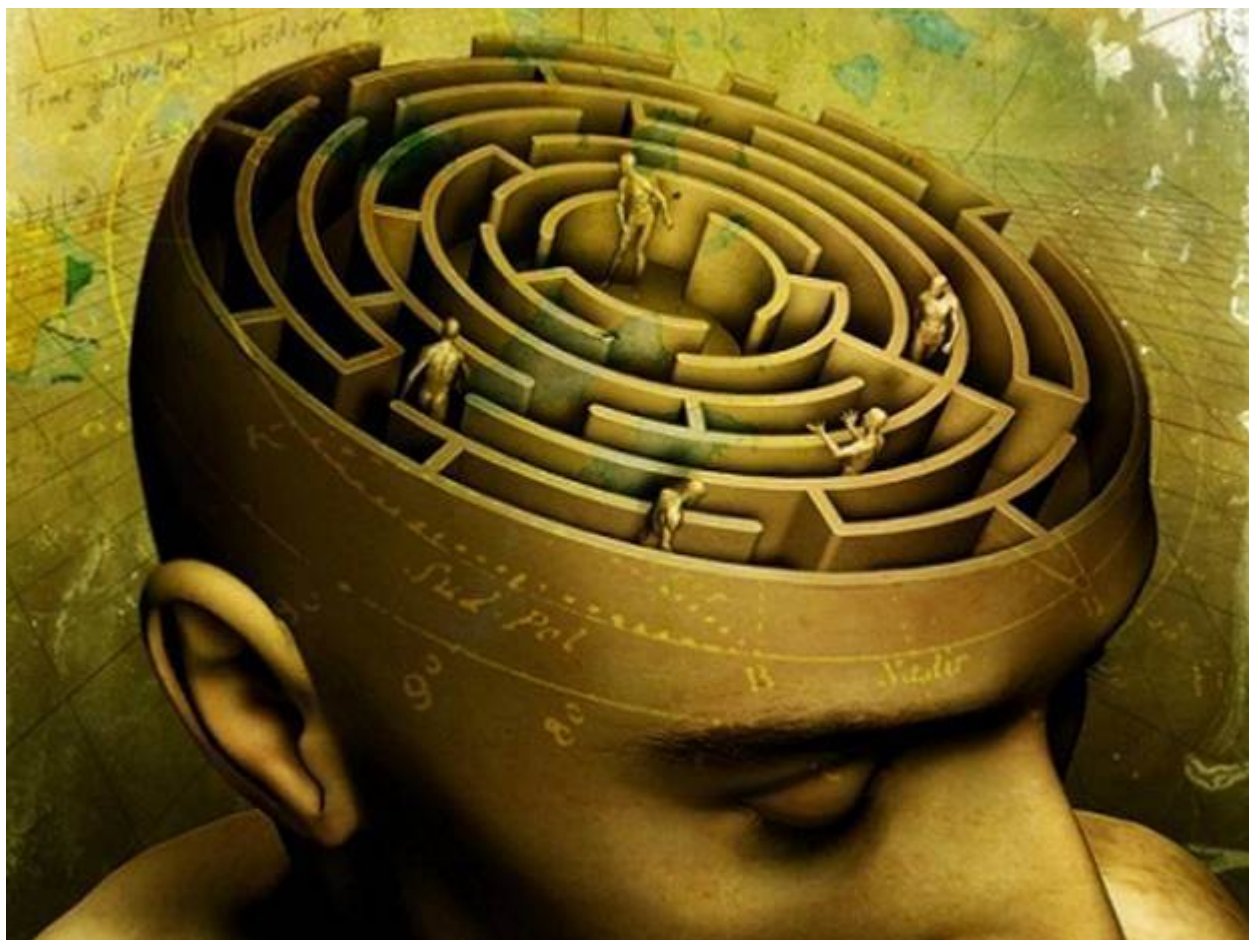
Cada diez años un gran hombre entre hombres.

¿Quién pagó los platos rotos?

Tantas historias,
tantas preguntas.

Poema perteneciente al poemario de Conrado Santamaría, "[De vivos es nuestro juego](#)" (2015, Ruleta Rusa)

Somos



Somos

los que profieren la blasfemia
en el silencio perfumado del templo
a la hora tozuda del crepúsculo.

Somos

los que no se descubren la cabeza
ni hincan la rodilla al pie de las escalinatas
temblorosas de la mañana.

Somos

los que no piden compasión y sí piden cuentas,
la piedra del escándalo

en medio del camino ancho y recto que atraviesa la llanura sin horizonte.

Somos

los que se vuelven y se plantan, y miran a los ojos mientras con el pie trazan en el suelo la raya definitiva.

Somos

los que dicen NO como una afirmación hacia adelante.

Somos

aquí y ahora.

Carne de procesión



Fueron tiempos de hechizos y deslocalizaciones,
de estiércol y fuegos artificiales.

No sé si os acordáis.

Nosotros,

encorvados y alegres,

procesionábamos delante de las oficinas del paro vestidos de
nazarenos,

procesionábamos por la mañana y por la tarde,
entre el redoble de los tambores y el estruendo de las
cornetas,

procesionábamos por las noches también,
cuando las puertas de las oficinas habían sido clausuradas
y en sueños sudorosos nos empeñábamos en procesionar.

Bajo la lluvia, bajo la nieve, bajo los arduos rayos del sol
procesionábamos.

Procesionábamos

con nuestros propios pies, que descalzos arrastraban las
cadenas,

procesionábamos

con nuestras propias manos, que ensangrentadas manejaban la
disciplina,

procesionábamos

con nuestra propia canción, que silenciada se adhería a la
polvareda.

Éramos carne de procesión.

Nuestros capirotos señalaban arrogantes el cielo,
mas la luz les huía,

nuestros cirios encendidos apenas iluminaban,
nuestros sambenitos devolvían su amarillo festivo a los ojos
agradecidos de los espectadores,
que deslumbrados apartaban la mirada.

Procesionábamos interminablemente,
delante de las oficinas del paro,
delante de los estadios,
delante de los cuarteles,
delante de las catedrales,
delante de los patíbulos,
delante de las grandes superficies,
delante de los cementerios,
delante de los concesionarios,
delante de los parlamentos,
delante de las fundaciones,
delante de los hospitales,
delante de las cajas de ahorro,
delante de las cárceles,
delante de las administraciones de lotería,
delante de las escuelas,
delante de los parques temáticos,
delante de los manicomios,
delante de las redacciones,
delante de los urinarios,
delante de los zoológicos,
delante de los paraninfos,
delante de las comisarías,
delante de los solares en construcción.

Y procesionábamos delante de nosotros mismos
que nos mirábamos galvanizados y sonrientes por debajo del
capirote
sin querer comprender.

Sonámbulos durante el día
y durante la noche sonámbulos.

Procesionábamos y procesionábamos
y a nuestras espaldas
no se derrumbaban edificios en llamas,
ni las nubes descargaban torrentes de sangre,

ni surgían del fondo del mar serpientes emplumadas,
ni las mujeres parían entre gritos niños decapitados.

Éramos carne de procesión.

Aquellos tiempos
de verbenas y capitulaciones.

No sé si os acordáis.

Poema perteneciente al poemario de Conrado Santamaría, "[De vivos en nuestro juego](#)" (Ruleta Rusa)

CIE



Sé que no abriré esta puerta impunemente,
mis papeles en regla
contra el azul en púas,
mi frente y mi perfil contra las cifras,
contra el plástico atroz,

impunemente,
contra el cristal tatuado de labios como llagas.

Esta puerta que reza
iniquidades
en las lenguas más cultas de la jungla,
que se extiende en el tiempo
como un hilo de sangre
hasta los hornos,
hasta la sucia arena
de playas que recuerdan,
hasta el cerco primero que acotó la vergüenza.

Un oscuro consuelo
supura la costumbre si se mata
sordamente el escrúpulo.
¿Qué le importa al salario
cuánto aprieta el grillete?
¿Qué le importa al testigo la mordaza?
¿Qué le importa al usuario
el color de la sangre?
No hay tristeza o refugio en el pecho del fuerte,
que se lava las manos y pasea
bien limpia su justicia.

Impunemente.

Yo sé que no abriré esta puerta impunemente.